

Ana María Barrenechea

La noticia de su muerte ocurrida en Buenos Aires el 4 de octubre de 2010 activó la memoria de quienes la conocieron y fueron sus colegas y eventualmente sus amigos, de quienes fueron sus estudiantes en las cátedras que ocupó en medio de la accidentada vida universitaria anterior a los años ochenta y después: no creo exagerar si propongo que todos, en algún momento, y algunos ya desde la calle Viamonte, supimos apreciar la fresca condición de su erudición. Hasta entonces no sabíamos de la cercanía entre el saber riguroso y la espontaneidad, casi el desparpajo que desplegaba en sus clases primero, en la conversación muchos años más tarde, en ese regusto por el detalle tan coherente con reflexiones serias, abiertas y siempre luminosas. En la opacidad de la muerte, quizás sea eso lo que destaca, el carácter iluminador de sus lecturas: de Sarmiento, Borges, Cortázar, Bioy, Mariátegui, Felisberto Hernández, Arguedas y la búsqueda de diálogo: de los textos con sus orígenes, con otras series, con los lectores; sus análisis de Alfonso Reyes y la admiración inalterable por quien fuera uno de sus maestros, don Pedro Henríquez Ureña.

Cuando en 1968, ya fuera de la universidad, renunciante después del golpe de 1966, dictó unos memorables cursos sobre “La nueva literatura” en el Instituto Torcuato Di Tella, sentimos que empezaba a paliarse el abandono en que dejó a los estudiantes la estrategia de renuncia profesoral impulsada en ese momento como resistencia a la intervención de la universidad por la dictadura de Onganía. Aprendimos entonces, junto con las lecturas de Severo Sarduy, a llamarla Anita, invitados por su sonrisa. Gran lectora de la literatura argentina, amó también la literatura norteamericana y la española y abrió su curiosidad no sólo a Sarduy sino a otros escritores latinoamericanos que entonces empezaban a circular y muchas de cuyas primeras ediciones donó generosamente a la Biblioteca Pedro Henríquez Ureña del Instituto de Literatura Hispanoamericana, del que siempre estuvo cerca. De Anita, como de otros profesores, la crudeza expulsora de la política nos separó por años hasta que en 1983 pareció recomponerse un ciclo que, en los peores momentos, creíamos perdido para siempre. Junto con los honores, de nuevo la inteligencia, la información, la buena escucha y las anécdotas de experiencias vitales que ella realizó como estudiante en los años del profesorado nos ayudaron a entender mejor algunas polémicas culturales desatadas en Buenos Aires hacia los años treinta y después. Cuando Umberto Eco el 24 de julio de 1994 dictó su conferencia “Algunas consideraciones acerca de las lenguas perfectas” en el Aula Magna del Colegio Nacional de Buenos Aires en ocasión de recibir el Doctorado Honoris Causa, me tocó sentarme a su lado y no pudimos menos que sonreírnos, cuando, ante un auditorio expectante, Eco explicó en detalle teorías lingüísticas que Barrenechea nos había enseñado a leer y discutir tantos años atrás.

Quizás una de las última ocasiones en que tuvimos oportunidad de conversar con ella fue el día de la presentación del volumen que le dedicó la Facultad de Filosofía y Letras y que publicó Eudeba en 2006. En la planta baja del edificio de la calle 25

de Mayo, nos reunimos muchos de los participantes en ese homenaje, brindamos, como es de rigor, y nos felicitamos por una iniciativa que ahora queda en nuestras bibliotecas como testimonio de lo que la sensualidad de su inteligencia promovió en los campos de la crítica argentina, latinoamericana y española, de la teoría literaria, de la gramática y la lingüística, de la historia. Una amplia bibliografía al final de ese volumen nos informa de su sostenido ejercicio de escritura y aún de textos inéditos; quedan en el aire sus intervenciones en el Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras en el que participó como representante de los profesores, sus opiniones y su curiosidad atenta y nunca desmentida por la política universitaria, las horas dedicadas a publicaciones académicas y en especial a la revista del Instituto de Filología en sus más menudos detalles; a las evaluaciones universitarias, al seguimiento de sus doctorandos, al interés por las investigaciones y propuestas de quienes se acercaban a ella.

Y aun si el género del homenaje arrastra de manera casi inevitable el deslizamiento autorreferencial, también permanecen las hermosas palabras que le dedicó Enrique Pezzoni en el ya lejano 1984 cuando se le otorgó el Premio Amado Alonso, una más de las numerosas distinciones con que una sociedad no siempre generosa, distinguió su virtuoso recorrido.

Celina Manzoni